

Territorio y configuración de la
ciudad

LA IMAGEN DE LA CIUDAD

José Manuel Cabra de Luna.

AGENDA 21 MÁLAGA



Ayuntamiento
de Málaga



Marzo 2014

El contenido de este informe corresponde a la visión profesional que el autor considera relevante sobre esta materia, no siendo el Ayuntamiento, con carácter general, responsable de las opiniones vertidas en el mismo.

Proemio	4
Parte general.....	5
La ciudad como forma simbólica	5
Mediterraneidad versus dispersión	8
La ciudad palimpsesto	12
¿Hacia una metrópoli mediterránea?.....	14
Aalborg / Málaga, la sostenibilidad como forma de vida	17
Dos imágenes de la ciudad.....	17
Una educación para ver.....	18
La Agenda 21 y la imagen de la ciudad, algunas propuestas ..	19
Brevísima conclusión	22
Índice de notas	23

Proemio

La estructura del presente estudio, e incluso buena parte de su contenido, pudiera parecer en principio, que se aparta del encargo efectuado porque se trataba, según éste, de “hacer un repaso por la evolución en la ciudad de Málaga, así como valorar la situación actual, analizando si la transformación de la ciudad en este aspecto ha tenido relación con los objetivos marcados por la Agenda 21 en el 2005. Y el esbozo de unas líneas estratégicas y medidas concretas sobre el Plan de Acción para, todo ello, ser trasladado al Foro 21.”

Pero en la publicación “MALAGA 05. Agenda 21 hacia la ciudad sostenible” se marcaban cuatro grandes líneas de actuación: 1) El territorio y la configuración de la ciudad. 2) Gestión de los recursos naturales. 3) Cohesión social y desarrollo económico y 4) Gobierno de la ciudad. No existía específicamente una referencia, o apartado de trabajo, sobre la imagen de la ciudad, aunque esa idea genérica estuviese entrevista en muchos de los aspectos que se consideraron para efectuar el análisis del estado de la ciudad y de las propuestas que se hicieron para una ordenada sostenibilidad de ella como conjunto dinámico.

Cuando abordé el trabajo entendí y no sé si acerté en ello, que una cierta teoría de la ciudad era menester tenerla en cuenta. Una mirada teórica hacia una ciudad mediterránea que pugna por, sin dejar de ser ella, incardinarse en la región metropolitana que poco a poco la ha ido rodeando. Y todo ello sin romper el “hilo de oro” que la une a su más auténtica tradición, a su propia y natural esencia, o sea a su propia capacidad de generar formas de vida no agresivas con el medio. Ese es el gran reto que hoy tienen planteado ciudades como Málaga y creo que para eso, para asegurar un futuro digno del mejor hacer, es por lo que tienen lugar esta y tantas otras reflexiones como a esta acompañan.

Llamo a esa parte primera, que tiene vocación teórica, **Parte General** y a la que subdivido en cuatro apartados:

- 1.-La ciudad como forma simbólica.
- 2.-Mediterraneidad versus dispersión.
- 3.-La ciudad palimpsesto
- 4.-¿Hacia una metrópoli mediterránea?

En la segunda parte, que titulo **“Aalborg / Málaga, la sostenibilidad como forma de vida”** hago un balance del punto de partida que significó la Agenda 21, analizo someramente de entre los parámetros, digamos de definición y control, que entonces se establecieron, aquellos que a mi juicio mejor se compadecían con el tema que se me ha encargado para, posteriormente, sugerir nuevos parámetros que, entiendo, deben ser usados como complemento de los anteriores a fin de en un futuro próximo poder efectuar una nueva aproximación a la imagen de la ciudad.

Parte general

La ciudad como forma simbólica

Considerada en su conjunto, con mirada unificadora, la ciudad es una forma simbólica. En la ciudad mediterránea ese simbolismo es más hondo y mucho más complejo porque, a la postre, no es sino historia condensada, un lugar donde desde hace mucho tiempo han existido y han sucedido muchas cosas. En ella late el eco plural de antiguas formas de vida ya periclitadas pero de las que aún permanecen retazos, sombras, casi ensoñaciones entremezcladas con las ruinas arqueológicas en un mosaico siempre singular.

Qué sea símbolo viene definido en el DRAE como “Imagen, figura o divisa con que materialmente o de palabra se representa un concepto moral o intelectual, por alguna semejanza o correspondencia que el entendimiento percibe entre este concepto y aquella imagen” ¹.

Y toda ciudad es una forma simbólica, al ser lo que materialmente es, pero mucho más que eso. Porque es también, todo lo que su forma (sólidos y vacíos) y, ya se considere en su conjunto ya en sus elementos, lleva consigo. Y así, será todo su presente, pero también todo su pasado, toda su historia; y todas las historias, personales o colectivas, reales o imaginadas, que en su historia han tenido y están teniendo lugar. La Roma que Stendhal nos describe no es más real que el Dublín que se manifiesta en el “*Ulysses*” de James Joyce.

Podría afirmarse que de la ciudad sólo podremos tener una imagen completa cuando seamos capaces de fundir su realidad material y su significación simbólica (que no va referida sólo al pasado, insistimos). No es fácil hallar ésta. No se puede inventar, no se puede construir desde la nada o falseándola. El significado simbólico de la ciudad sólo aflora desde su verdad más profunda, aparece tras eliminar la ganga de lo superfluo. Esa es una tarea común y, al tiempo, personal; una tarea de todos los que viven en la ciudad, de los que, “se viven” en ella. En cualquier caso hay que huir de “utilizar la nostalgia como una práctica activa de seducción ambiental” ². No se trata de mirar a un pasado más o menos lejano como una perdida “edad de oro”; sino de profundizar en la real naturaleza de las cosas y de los modos de vida que las hicieron posibles y que ellas hicieron también posibles.

Quizá por eso, Kevin Lynch, en su imprescindible “*La imagen de la ciudad*” (obra a la que acudiremos con frecuencia a lo largo de este trabajo), escribió que: “Parece haber una imagen pública de cada ciudad que es el resultado de la superposición de muchas imágenes individuales. O quizás lo que hay es una serie de imágenes públicas, cada una de las cuales es mantenida por un número considerable de ciudadanos. Estas imágenes colectivas son necesarias para que el individuo actúe acertadamente dentro de su medio ambiente y para que coopere con sus ciudadanos” ³.

Entiendo que las dos posibilidades a que se refiere Lynch son ciertas; coexisten las imágenes individuales que se superponen y las públicas que son asumidas y sostenidas por grupos ciudadanos. Pero a veces la imagen individual, por mor del arte, se transforma en colectiva por sí misma, por su propia fuerza metafórica y simbólica. Permítasenos traer aquí, aunque pueda parecer un tanto inapropiado, algunos versos del poema *Ciudad madre*, del malagueño Alfonso Canales:

*Es como si yo fuera... / ...
Tengo todo cuanto deseo en estas calles
torpemente compuestas, que discurren
desde cimas a espumas,
desde soles que empiezan a soles que acaban.
... / ...
Mas gozo vivir en ella, mercantil o pobre,
antigua y nueva siempre, abolidora
de tradición y rica
en cántaros dorados con extractos de peces
y estrelladas monedas. Aquí amé, amo y nunca
quiero dejar de amar: todo me dice
lo que fui y lo que soy. En esta tierra
lo que seré me llama. ⁴*

El poeta y la ciudad sufren en el poema una suerte de *transubstanciación*, de modo que el uno se convierte en la otra y viceversa. Por eso comienzan los versos diciéndonos: *Es como si yo fuera*. Esa identificación le sirve al autor para sentir que la ciudad en la que es, en la que vive, se convierte en su lugar de referencia absoluta, hasta el punto de que es la ciudad la depositaria de su pasado, de su presente e incluso de su futuro y la que se lo muestra de continuo, hasta poder decir: *todo me dice / lo que fui y lo que soy. En esta tierra / lo que seré me llama*. En una palabra, y sobre lo que volveremos más adelante, la ciudad nos constituye como personas y su imagen, siquiera a escala individual (que puede devenir en colectiva, como es el caso) es nuestro primer y quizá más importante lugar de referencia vital.

Sigamos, un tanto más, sustentándonos en el arte para profundizar en el concepto de la imagen de la ciudad y en cómo una visión individual puede devenir en colectiva y porqué. Quizá su fundamento pueda estar en que, como afirma el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer “el arte es, ante todo, una experiencia de la verdad y el ser”. Llegando a hablarnos de que “el arte no es partícipe de un grado menor de realidad, sino todo lo contrario: en el arte el ser se incrementa.” ⁵ y es por esa capacidad de condensación, por esa aptitud de conectar con la verdad a través de una vía experiencial compleja que el arte tiene, por lo que la obra de arte nos abre a una iluminación y conocimiento de las que otras formas de abordamiento de la realidad carecen.

Acudamos ahora a Jorge Luís Borges. Tiene dos poemas, dos sonetos, específicamente dedicados a Buenos Aires y ambos con el mismo título: el nombre de la ciudad. ¿Podemos imaginar ya a la una sin el otro? Esa fusión ideal de la persona con la ciudad, acaba formando parte real de ésta; es un elemento más de su significado simbólico, que también constituye a cuantos la habitan y, aún temporalmente, la disfrutan. El uno y la otra son ya parte inseparable. Escribió el poeta:

*Y la ciudad, ahora, es como un plano
De mis humillaciones y fracasos;
Desde esa puerta he visto los ocasos
Y ante ese mármol he aguardado en vano.
... / ...
Aquí mi sombra en la no menos vana
Sombra final se perderá, ligera.
No nos une el amor sino el espanto;
Será por eso que la quiero tanto. ⁶*

En estos versos apreciamos que el proceso que se da en el autor argentino es distinto

que el que tiene lugar en el escritor malagueño. En éste se produce la que, con libérrimo lenguaje, hemos llamado una suerte de transubstanciación entre él y la ciudad y en el bonaerense la relación con ella no deja de estar configurada por la dualidad, a lo más que llega es a adoptarla como símbolo gráfico (el plano, el mapa), una representación de su vivir y así la ciudad será *como un plano / de sus humillaciones y fracasos*. Pero donde se consuma esa relación trágica es en los cuatro últimos versos cuando, aceptando un fin que es humo, sombra, nada, confirma que eso va a ocurrir allí, precisamente en la ciudad, en el lugar en que su vida tuvo lugar. Concluyendo, a pesar del horror, en una auténtica exaltación de amor: *Será por eso que la quiero tanto*, nos dice.

En el segundo poema, en cualquier caso menos dramático que el anterior, el maestro argentino, nos da algunas pistas muy interesantes para esta reflexión sobre la ciudad. Al principio la busca, la quiere hacer suya, construye la imagen personal de ella al investigarla físicamente, delimitándola con sus pasos e incluso percibiéndola a través de sus olores y, al no ser suficiente ese acercamiento material y sensorial, conceptualiza su relación y emprende una marcha hacia atrás en la historia de la ciudad para buscarla en la memoria de lo que fue, la que se conserva aún en los barrios, en sus casas y en la propia mitología, llegando a profundizar hasta los más mínimos detalles en su búsqueda al hallarla incluso en *el dorado / bronce de las inútiles aldabas*. Ese ejercicio de ahondamiento en la imagen de la ciudad le lleva a un proceso de aprehensión de la misma, que le hace sentirla dentro; no ya de una forma física, sino espiritual; la ciudad se ha convertido en la suerte del poeta; sin nombrarlo, en su propio destino. Escribe así Borges:

*Antes, yo te buscaba en tus confines
Que lindan con la tarde y la llanura
Y en la verja que guarda una frescura
Antigua de cedrones y jazmines.
En la memoria de Palermo estabas,
En su mitología de un pasado
De baraja y puñal y en el dorado
Bronce de las inútiles aldabas,
... / ...
Ahora estás en mí. Eres mi vaga
Suerte, esas cosas que la muerte apaga. 7*

La perspectiva artística nos lleva a posiciones comunes con otras vías de investigación y conocimiento. Todas convergen hacia la integración entre el hombre y la ciudad, hacia un actuar interactivo entre ellos y, siendo ésta obra del hombre -quizá su obra más compleja- acaba transformándose para él en una segunda naturaleza, más cargada aún de simbología que la, digamos, “naturaleza natural”. Y es así porque ese carácter simbólico no es consecuencia de miedos, desconocimientos y “terrores nocturnos”, como ocurrió al hombre prehistórico al enfrentarse a un medio ambiente que le era profundamente hostil, sino, por el contrario, porque es consecuencia de sus propias historias, de sus relatos materializados, hechos realidad. Aunque de la hostilidad de la ciudad hacia el propio hombre podría hablarse mucho y con gran fundamento, no es ese ahora el objeto de nuestro ensayo.

Y en este punto no debemos olvidar que, en la actualidad y desde hace ya mucho tiempo, una gran parte de la población mundial vive en ciudades (en Europa el 80% de la población, según la Carta de Aalborg). La mayoría de ese segmento poblacional, a lo largo de toda su vida, no ha tenido otro medio ambiente que el de la ciudad. De esa forma, su “imago mundi” es exclusivamente ciudadana. Para calibrar la importancia de esta afirmación me permitiré recordar el concepto de *episteme* de Foucault a la que se refería como “la estructura subyacente y, con ello inconsciente, que delimita el campo del conocimiento, los modos como

los objetos son percibidos, agrupados, definidos. La *episteme* no es una creación humana; es más bien el “lugar” en el cual el hombre queda instalado y desde el cual conoce y actúa de acuerdo con las resultantes reglas estructurales de la *episteme*”. Debo aclarar que, cuando el filósofo francés afirma que no es una creación humana quiere decir que no es cada hombre el artífice de su propia *episteme* sino que es instalado en ella, o mejor, que le viene dada.

A partir de esta imagen de la ciudad de Delft, obra de Vermeer, podremos fundamentar



Fig.1 .- Vista de Delft - Vermeer.

nuestra reflexión de una manera visual y clara. A esas dos mujeres que aparecen en un plano más adelantado del cuadro, y suponiendo que fueran originarias de la ciudad y residentes en ella, esa imagen las constituye. Para nosotros, meros observadores de la obra, la ciudad la vemos como un elemento pictórico, algo lejano, no sólo en nuestra visión sino también en nuestra vida. Delft nos es ajena. Mas para ellas esa visión conforma su idea de ciudad, que le viene dada por esas edificaciones, por esas iglesias (hitos, mojones urbanos) con sus aguzadas torres, por esas construcciones con

techumbres inclinadas y esas barcazas que transportan desde la ciudad y hacia ella las diferentes mercancías con que los diligentes y próspero holandeses de la época comerciaban.

Avanzando un poco más, podríamos afirmar que, para la mayor parte de la humanidad, el mundo es solo ciudad. Su mirada primera (quizá para muchos, única), y por ello la conceptualización de la realidad, sólo ha ocurrido desde la ciudad, ella es el “lugar”. En consecuencia, la imagen de la ciudad es su única imagen del medio ambiente. De todos ellos podría decirse: “Especie humana, especie urbana”. Abruma pensar en la capital importancia que el concepto de imagen de la ciudad tiene y la responsabilidad que contrae la propia colectividad y todos y cada uno de sus miembros al conformar esa imagen, puesto que la ciudad es la obra del hombre por excelencia; su ontología es esencialmente humana y constituirá el “horizonte de sentido” para los que la habitan y, de alguna manera, también para los que a ella llegan.

Mediterraneidad versus dispersión

La tradición, entendida no como la página ya pasada en el discurrir histórico sino como los cimientos en que se apoya el presente, se sujeta en un “hilo de oro” que no debe ser roto, porque cuando eso ocurre, todo falla, todo se precipita hacia el desastre. Así también sucede con la ciudad. Ha de ser fiel a sí misma, a la raíz de la que procede y compaginar su existir, e incluso diría que su forma, con el discurso natural del que es fruto, sin romperlo jamás.

Y especialmente ocurre ello en el caso de la ciudad mediterránea, cuyo origen tiene una estricta dimensión humana (expresión que usamos en el sentido de que se adecua a su medida corporal, sin necesidad de grandes medios técnicos para su habitar, ni para los desplazamientos en ella). De ahí se derivan muy concretas formas de vida; en términos físicos y en términos espirituales. Solo en una ciudad así es posible la figura, al tiempo distante y

apasionada, del *“flâneur”*, del paseante que deambula sin rumbo, que no va de un lugar a otro, sino a todos y a ninguno. Como escribió Walter Benjamin en su obra capital *“El libro de los pasajes”*: “Para el paseante, la ciudad –aunque sea donde ha nacido, como Baudelaire– ya no es el país. Para él representa un escenario del espectáculo” ⁸.

Se instituye así la ciudad como relato visual y conceptual, un relato que se desarrolla en el tiempo y en el espacio y la figura del *flâneur* se confunde, en cierto modo, con la del “constructor de ciudades”, personaje anónimo y difuso, puesto que somos todos: los que nos precedieron, nosotros mismos y, de algún modo, los que nos continuarán y también la propia ciudad como sujeto (en la Carta de Aalborg se llega a decir: “Nosotras, ciudades europeas...”). De ahí que Lynch, en su obra citada, dijese refiriéndose a la ciudad: “Solamente se puede efectuar un control parcial sobre su crecimiento y su forma. No hay un resultado definitivo, sino una sucesión ininterrumpida de fases. Nada de asombroso tiene, pues, que el **arte de modelar las ciudades** para el goce sensorial sea un arte absolutamente independiente de la arquitectura, la música o la literatura. Puede aprender mucho de esas otras artes, pero no imitarlas” ⁹.

Pero esa transformación hacia una ciudad a escala del hombre, no hubiese sido posible sin la evolución que tiene lugar a lo largo del devenir histórico en el Mediterráneo, entendido en su más amplio concepto, y por tanto no sólo geográfico, y considerado unitariamente como territorio de cultura.

Un autor italiano, Giuseppe Zarone, autor de un opúsculo clarividente y preciso, titulado *“Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano”*, se refiere a esa transformación con muy certeras palabras, al decirnos: “Solo un universal normativo torna armoniosas las diversas pretensiones de la gente, planificando la red de dimensiones posibles del espacio elemental: aperturas, casas, calles, cierres, paseos, etc, el mundo espacial fundamental del sentido. Mas para que esto suceda es necesaria una transición decisiva de la polis: la que va desde la hegemonía de la acrópolis (o ciudadela) a la hegemonía del ágora, como ha explicado con singular eficacia J. P. Vernant en sus estudios sobre la geometría de la ciudad griega; una transición que se podría considerar como una especie de *secularización de las imágenes de la ciudad*. El ágora es el lugar de los encuentros e intercambios, sea de palabra, de conocimiento o de mercancías, además del lugar de administración de justicia” ¹⁰.

Los dioses quedan arriba, en sus templos y la ciudad se convierte en el espacio donde los hombres se viven; donde son conscientes de sí mismos y de los demás, conscientes de que su existir es necesariamente en relación con los otros o no es, y de que ese “lugar” ha de ser pensado y construido por ellos mismos. Desde Kant sabemos que el espacio es una forma de nuestra sensibilidad, la forma a priori de nuestra sensibilidad externa (entendiendo por ésta el modo en que percibimos las cosas físicas). El hombre, pues, como creador del espacio de su vivir. Desde esa responsabilidad, reconociéndose como constructores de su propio habitar, es como accederán a la condición de ciudadanos y, con ello, a los albores de una existencia en libertad; en suma, a una vida democrática; entendida en un sentido mucho más amplio que el de un mero sistema político. Y aclaro esto último porque como nos dice Luciano Canfora en *El mundo de Atenas* no debemos mitificar la llamada “democracia ateniense”, que en buena parte fue una aristocracia sostenida sobre muchos esclavos, porque el gran legado de Atenas fue “la lucha política abierta, el debate en público y el conflicto intelectual”. ¹¹

Podríamos pensar, entonces, que el modelo de ciudad mediterránea se convierte de algún modo en la plasmación de una utopía y que lo es de manera excluyente, pues como paradigma razonablemente alcanzable, nada mejor que ella. Pero lo cierto es que está sujeta a unas coordenadas espacio temporales muy concretas ya que es consecuencia de una cultura milenaria, de una geografía muy determinada y de un clima benigno y, en buena parte,

también sujeta a unas dimensiones contenidas. Ese modelo de ciudad compacta y compleja se adecua al “genius loci” del medio en el que nace y con él se corresponde.

En la obra **“MÁLAGA 05, AGENDA 21 hacia la ciudad sostenible”**, de la que partimos para la elaboración de este trabajo, Salvador Rueda Palenzuela en el texto titulado *“Hacia un modelo de ciudad más sostenible”* nos dice que el modelo de ciudad que propone se asienta en cuatro ejes:

- *La compacidad

- *La complejidad

- *La eficiencia y

- *La estabilidad social, los cuales se llenan de contenido, cada uno de ellos, con un conjunto de líneas estratégicas que, también de modo sintético, acaban conformando un modelo integrado que aúna el modelo de ciudad sostenible y el modelo de ciudad del conocimiento.¹²

Conviene aquí recordar las definiciones que dicho autor da a los dos primeros conceptos, al decirnos que: “La compacidad en el ámbito urbano expresa la idea de proximidad de los componentes que conforman la ciudad, es decir, la reunión en un espacio más o menos limitado de los usos y las funciones urbanas”.

En cuanto a la complejidad, no acude Salvador Rueda a definirla “stricto sensu” sino que alude de inicio a la etimología de la palabra diciéndonos que “la complejidad es un tejido (*complexus*: aquello que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja del uno y el múltiple... / ... la complejidad no abarca solo cantidades de unidades e interacciones, abarca también incertidumbres, indeterminaciones, fenómenos aleatorios. En cierto sentido, la complejidad siempre está relacionada con el azar.

La complejidad está ligada a una cierta mezcla de orden y desorden, mezcla íntima que en los sistemas urbanos puede analizarse, en parte, haciendo uso del concepto de diversidad”¹³.

En un esclarecedor comparativo que Pedro Marín Cots realiza de ambos conceptos, nos dice: “La compacidad y la complejidad suponen que la ciudad tenga un tamaño más reducido que la ciudad dispersa y monofuncional que a lo largo del siglo XX fue extendiéndose a partir de la idea norteamericana de ciudad, donde las comunicaciones y el transporte estaban regidos por el uso de nuevas industrias, la del automóvil y la gasolina. La ciudad mediterránea histórica produjo esa mezcla de compacidad y complejidad urbana que desde el medievo facilitaba la comunicación y el intercambio de bienes y servicios entre los ciudadanos a una escala peatonal”¹⁴.

Podemos, pues, afirmar que la ciudad mediterránea, y como fruto de una antiquísima cultura, de una geografía y etnografía muy determinadas y, sobre todo de unas “formas de vida” largamente elaboradas ha resultado ser, a través del tiempo, una magnífica creación humana para vivir. Hace posible la sostenibilidad no sólo en términos de medio ambiente ecológico, sino también en términos vitales y entendiendo por tal la capacidad de generar un espacio donde el vivir (el “vivirse”, por usar, una vez más, el incisivamente descriptivo término orteguiano) se torna amable y continuado en el discurrir de sus habitantes y no se hace a costa de usurpar, deteriorar o ignorar el vivir del otro, sino que en él es posible una forma de vida en cooperación; donde, en cierto modo, todos necesitan a todos. Afirmación que hacemos en meros términos de habitar urbano, pues sobre las dificultades y terribilidades de la vida en las sociedades mediterráneas, bástenos con recordar la mejor literatura o cine de nuestro entorno vital, para saber que está fuera de lugar cualquier clase de mitificación.

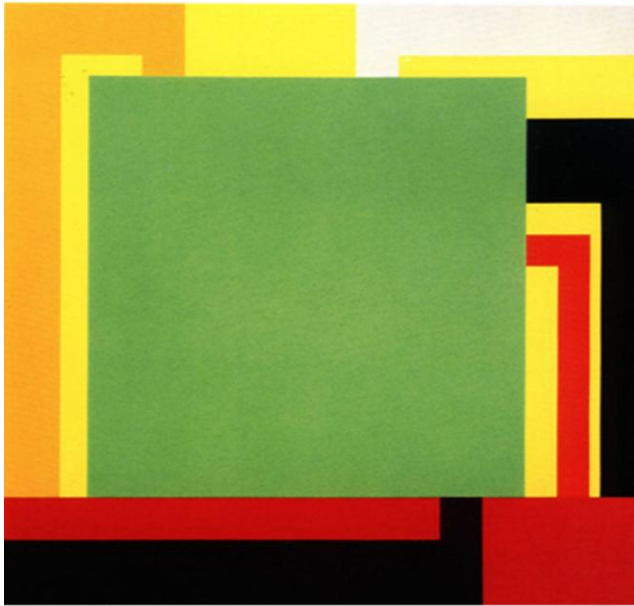


Fig.2.- S/T 1.991 Peter Halley.

Pero lo cierto es que en la ciudad mediterránea se ha combatido, con plausibles resultados, la soledad en que desemboca hoy gran parte de la humanidad que vive en las grandes ciudades. En aquella es más difícil que se dé la vida aislada del hombre común de nuestro tiempo, de modo que el habitante de una ciudad mediterránea no se vería a sí mismo ni a su hogar, simbólicamente representados en “la celda” (un auténtico logotipo de cierto modo de vida contemporáneo) del pintor americano Peter Halley .

Este artista, nacido en Nueva York (y este dato no es aquí anecdótico), gran teórico y no solo de su obra, define su

creación diciéndonos que: “Es también una visualización más moderna del aislamiento. La prisión sigue estando asociada al siglo diecinueve. La celda es como una cápsula, una oficina sin ventanas, un cubículo. La eliminación de la ventana fue muy emocionante, creó un espacio hermético. Una vez que hube codificado ese sistema de imaginaria, de celdas y de cañerías, empecé a sentir que había dado con una especie de paradigma, o modelo, o representación de un tipo de espacio muy básico, y de la experiencia del espacio en nuestra sociedad, y por el hecho de estar tan oculto me resultaba más interesante. Sentía que estaba sobre la pista de algo” ¹⁵.

La vista de “la celda”, tan agudamente glosada por su propio autor, nos puede servir como reflexión “a sensu contrario” para afirmar que eso es lo que no ocurre en la ciudad mediterránea y, en cualquier caso, eso es lo que se pretende que no ocurra en el desarrollo de la misma, a pesar de su crecimiento y por extenso que fuese.

Cuando redacto esta reflexión, marzo de dos mil catorce, leo la noticia, en algún diario digital -como no-, que en Estados Unidos los grandes centros comerciales han comenzado a ver reducidos significativamente sus visitantes y clientes, tanto en las compras de productos como en la utilización de los mismos como lugares de ocio. Los estudiosos lo achacan, de un lado al comercio por Internet y, del otro, a la paulatina transformación de modos de vida, pues el “fin de semana americano”, para parte de la población ya no consiste en ir a esos centros de compras, ocio o recreo durante todo el día, sino que hay una tendencia creciente al comercio de cercanías o de barrio y al disfrute de la ciudad en el entorno más cercano al hogar de cada uno. Los expertos indicaban que en una decena de años un alto porcentaje de esos centros o se transforman o desaparecerán.

Es muy posible que ello tenga que ver con lo que el pintor Peter Halley había atisbado a través de su obra, plástica y ensayística.

La ciudad palimpsesto

Toda ciudad mediterránea lo es y Málaga lo es sobremanera. Y precisamente por esos múltiples pasados de los que ya solo quedan retazos superpuestos, unos más intensos que otros, su tradición no la mata, no le pesa excesivamente y aún está sujeta a su “hilo de oro”.

Cuando de un texto anterior lo conservamos todo, el texto íntegro, entonces se convierte en cosa canónica, establecida, inmóvil. Su propia integridad lo limita y nos limita como lectores. Pero si de él sólo conservamos partes más o menos significativas, residuos de mayor o menor enjundia, esa obra tendrá restos (ecos) lejanos de lo que fue, pero será otra cosa. Así es la realidad del palimpsesto y de ahí su eterno atractivo, algo siempre inacabado y, por polifacético, incitador a un perpetuo cambio. Como esas “esferas prismáticas” en continuo movimiento sobre su propio eje y a la que se dirige un foco de luz y, desde sus múltiples facetas, nos van devolviendo esa luz en un espejeo constante y dinámico. Eso mismo le ocurre a las ciudades. Cuando lo que fueron queda perfectamente palpable y conservado, canónicamente establecido, su hoy no puede ser sino su propio ayer, mueren de un éxito pasado; quedan en fósiles. No así le ocurre a la ciudad palimpsesto. Ella está viva por propia necesidad, porque nunca está totalmente hecha, plenamente construida y eso le hace estar continuamente en marcha, necesitada de nuevos textos, nuevos relatos, que la reescriban y de los que sólo quedará mañana un eco, pero absolutamente incorporado a su realidad, a su presente, presente mismo ya. Esta ciudad sucesiva es Málaga, una ciudad conformada por su continua traducción, que le ha posibilitado una actitud dispuesta al cambio continuo y al acogimiento.

Por eso Málaga fue grande cuando fue *moderna*; cuando adecuó su discurrir a su esencia. Ciudad abierta en la que, por su propia desarticulación, se dan nuevos modos de vida que ella, ciudad receptora, ni impide ni critica.



Fig. 3.- Vista aérea de Calle Alcazabilla.

En la actual ordenación de calle Alcazabilla se pone de manifiesto cuanto decimos. Es el mejor ejemplo del claro palimpsesto que somos, en ella y su entorno próximo hay ecos materiales de los autóctonos pobladores de Málaga, de los fenicios y los romanos, de árabes y judíos, de cristianos tras la toma de la ciudad por los RR.CC., del Palacio renacentista de Buena Vista y del neoclásico con el extraordinario Palacio de la Aduana, rematado todo ello por la figura de Picasso, que cierra los cinco siglos del Renacimiento y abre la puerta hacia

un otro arte, hacia otra forma de mirar. Todo eso somos y nos constituye como ciudad y como ciudadanos.

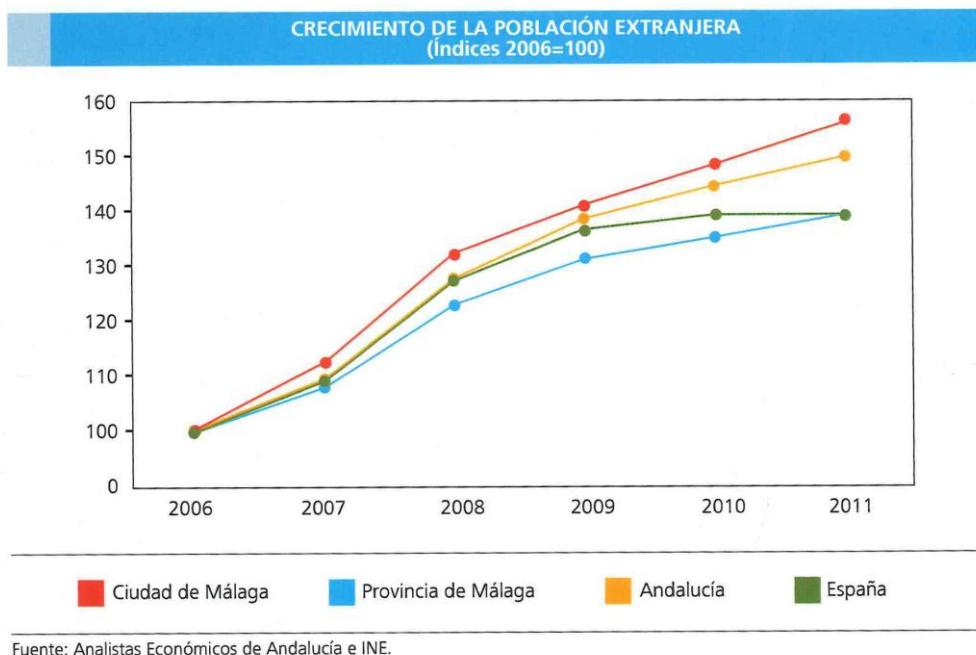
Pero esa capacidad de sedimentar, fragmentariamente, culturas, épocas, formas de vida, eslabones dispersos en la cadena del vivir, se ha acrecentado y dinamizado extraordinariamente con las potentes tecnologías de nuestro tiempo. Se vive “aquí” pero, al tiempo, puede estarse trabajando “allí” porque se confunden -si es que ello fuera posible

expresarlo con la insuficiencia del lenguaje- la “realidad real” con la “realidad virtual”. Eso conforma también a nuestra ciudad y a los que en ella vivimos y por la profusión y condensación de estos nuevos modos de vida, muy diferentes a los nuestros pero coetáneos, surge un a modo de “mestizaje vital o de formas de vida”. Y esa diversidad complejísima la podemos apreciar en el comercio, en los diferentes tipos de ocio, incluso en dónde tiene lugar éste, en las vestimentas, en la manera de agruparse y en tantas y tantas otras manifestaciones vitales.

Aquel palimpsesto que se iba formando lentamente en el tiempo, por decantación, hoy se produce aceleradamente y en tiempo presente. No es baladí en ciudades como la nuestra, valorar en la toma de muchas decisiones la existencia de población de muy distintas nacionalidades y tener en cuenta sus costumbres, los espacios (barrios) en que suelen ubicarse, los diferentes usos vitales que en ellos desarrollan, las necesidades específicas que generan y, en suma, la realidad de una nueva sociedad a la que llamaré policultural (no uso, de forma voluntaria, la palabra multicultural, porque está cargada de connotaciones que, en este contexto, pudieran confundirnos).

Tenemos que ser conscientes de que nos hallamos ante un fenómeno sin precedentes y que, si queremos pensar la ciudad para poder actuar sobre ella haciéndolo sobre bases sólidas y ciertas, de ninguna manera podremos olvidarlo.

Para apreciar la importancia de lo que digo, referido tanto a la ciudad de Málaga, como a poblaciones de su área metropolitana acudiremos al opúsculo 12 de los Cuadernos del II Plan Estratégico de Málaga titulado *La integración de los inmigrantes a través de la formación y el empleo en Málaga* y, específicamente, al segundo apartado del mismo sobre “El perfil de la población extranjera en Málaga” citando dos cuadros hartamente ilustrativos: El primero referido al crecimiento de la población extranjera desde 2006 hasta 2011 y el otro, que expresa la representatividad de los extranjeros en la población total (área metropolitana de Málaga):



REPRESENTATIVIDAD DE LOS EXTRANJEROS EN LA POBLACIÓN TOTAL						
Porcentajes de extranjeros sobre población total						
	2006	2007	2008	2009	2010	2011
Alhaurín de la Torre	9,3	9,4	9,8	10,0	9,8	9,5
Alhaurín el Grande	18,1	19,8	22,1	23,0	23,4	23,2
Almogía	10,1	10,8	11,0	11,6	11,6	11,8
Banalmádena	29,3	28,8	31,0	32,4	32,5	32,6
Cártama	7,7	8,5	9,3	9,4	9,4	9,5
Casabermeja	6,2	7,1	7,9	8,8	8,8	8,9
Colmenar	9,2	11,0	12,6	12,5	12,8	13,5
Fuengirola	30,5	31,9	34,1	35,3	34,6	35,6
MÁLAGA	5,5	6,1	7,1	7,6	8,0	8,4
Mijas	38,7	38,4	40,3	40,7	40,8	41,3
Pizarra	7,4	7,6	8,7	8,9	9,5	9,7
Rincón de la Victoria	8,3	8,6	9,0	9,0	9,1	7,7
Totalán	5,8	4,7	5,7	6,2	6,0	5,9
Torremolinos	26,9	25,7	26,7	26,9	26,8	26,0
ÁREA METROPOLITANA	12,7	13,3	14,8	15,5	15,8	16,2
TOTAL PROVINCIAL	13,7	14,5	16,0	16,8	17,1	17,4

Fuente: Analistas Económicos de Andalucía e INE.

Para concluir este apartado sobre la ciudad palimpsesto y la sociedad policultural, entiendo no debemos olvidar que en el censo de la ciudad de Málaga aparecen censadas personas de 145 nacionalidades distintas.

¿Hacia una metrópoli mediterránea?

Mas hay un hecho cierto, la ciudad crece y sus alrededores también. Lo que eran unidades urbanas próximas pero diferenciadas, se han ido tornando en tangenciales y, con el tiempo, se han fundido en una sola realidad urbana que, trascendiendo la división administrativa y pugnando por ignorarla, se comporta en muchas cuestiones como un solo ente, como unidad orgánica. Surge así, de hecho, el área o región metropolitana que, de un lado, intenta conservar los antiguos modelos de vida clásicos de la ciudad mediterránea y, de otro, necesita una ordenación unitaria de territorio y servicios, que han crecido y se han complejizado en extremo.

Se instala así una aparente paradoja y es que la ciudad mediterránea muta a forma metropolitana. ¿Cómo trabar ambas realidades hasta fundirlas en una que no pierda las propiedades, beneficiosas propiedades, de lo que fue en origen? Podría pensarse, prima facie, que es una vana aspiración hacerlas convivir, pero ese es el auténtico reto con el que nos encontramos.

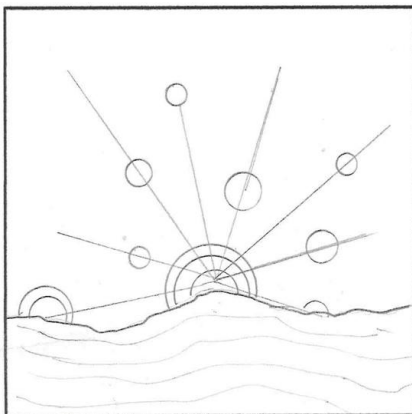


Fig. 4.-.

Giuseppe Zarone se había referido al ágora como el lugar en el que sucedían los encuentros e intercambios; era allí donde el hombre se relacionaba con el otro, es decir, era el lugar donde el hombre desarrollaba su yo, que no es sino "con" los demás; porque el hombre es en sociedad. Así considerado, el ágora es tanto un lugar físico como un lugar meramente conceptual; un espacio mental, o mejor, una mezcla de cosas materiales (lugares) e inmateriales (relatos). El ágora es el aglutinante de la ciudad en tanto es donde el habitante de ésta, el ciudadano, se siente tal.

Pero ¿cómo mantenerla en un ámbito metropolitano, pues –como decimos- parecen términos contrapuestos? Acudamos a la imagen de la ordenación radial, que comporta un solo centro y que podría corresponderse con la estructura de un estadio pre-metropolitano y contraponámosla a la del sistema en red, policéntrica y en continuo movimiento (este dato de la movilidad continua –que no tiene que ser física- y que es posible por las tecnologías actuales, es muy importante). Quizás un nódulo central más potenciado, a modo de “ágora madre” o “gran ágora” y una serie de nódulos cambiantes, no jerarquizados entre sí y en relación con los demás; unos más grandes y otros más pequeños y cada cual con la capacidad de relacionarse con todos y cada uno de los otros nódulos y especialmente con el central y todo ello en continuo movimiento y cambio, fluyendo de uno a otro y de todos a cada uno, energía, información, conocimiento. Esta sería la representación muy esquemática de una región metropolitana que se quiere mediterránea (Figuras 4 y 5).

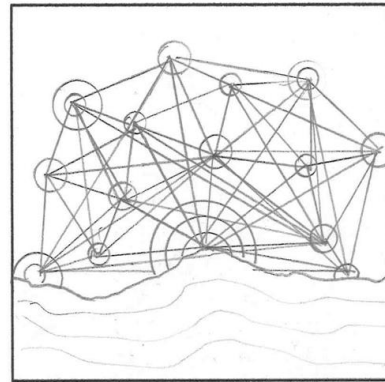


Fig. 5.-

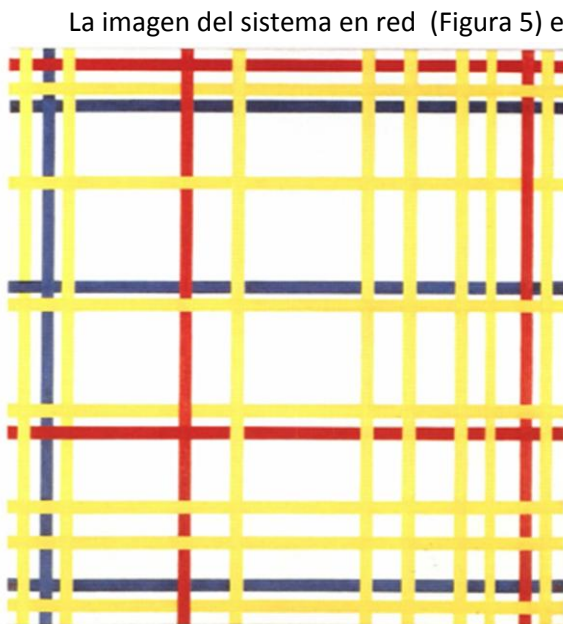


Fig.6.- “New York City” Piet Mondrian

La imagen del sistema en red (Figura 5) está muy lejos de la que nos puede proporcionar la llamada ciudad dispersa, muy sujeta a un “consumo no económico de bienes y servicios y con incorrecto aprovechamiento del suelo disponible¹⁶; mejor diríamos, con un despreocupado y deslavazado aprovechamiento del mismo; un crecimiento, en suma, desordenado. En origen la ciudad dispersa está tejida en una urdimbre ortogonal, por ser estructura simple y útil para el automóvil, que es el medio usual de desplazamiento y por el que la ciudad se ha ordenado y ha crecido de la manera en que lo ha hecho. Acudiendo, una vez más a la imaginaria artística, pensemos en cualquier obra del Mondrian clásico, cuando ya vivía en Estados Unidos, para tener una representación simbólica de esa clase de ciudad y comparemos esa imagen

con la urdimbre que se trasluce en la imagen siguiente de Los Ángeles. (Figuras 6 y 7)

Pero la ciudad neoyorquina (que da nombre al cuadro) tiene, aunque la estructura sea reticular ortogonal, una gran compacidad y complejidad; es una ciudad en la que lo vertical “contrapesa” a su composición en el plano, restándole dispersión. Mas cuando esa forma estructural de la ciudad crece, predominantemente en bajo y sin contención alguna, nos lleva a la realidad expandida de Los Ángeles, una ciudad sin límites y con un pequeño “downtown”, si consideramos las dimensiones que la ciudad tiene. Esa estructura de ciudad lleva a unas formas de vida aisladas a nivel personal e ineficientes en términos de gasto y medio ambiente; en definitiva a una realidad muy difícilmente sostenible en el tiempo.



Fig. 7.- Ciudad de los Ángeles.- Al fondo el Downtown

Para Kevin Lynch “la región metropolitana es ahora la unidad funcional de nuestro medio ambiente y es conveniente que esta unidad funcional sea identificada y estructurada por sus habitantes... / ... La imaginabilidad total de una zona extensa como es una región metropolitana no significaría una intensidad igual de imagen en todos los puntos.”¹⁷. Y, sigue diciendo nuestro autor, que “el problema resulta arduo cuando se trata de componer una pauta para una zona entera” y refiere la existencia de dos técnicas:

- a) Aquella en la que “la región entera puede ser modelada como una jerarquía estática”. Como, por ejemplo, la organización, dentro de la unidad metropolitana de un nódulo central y varios sub-nódulos. Así la representa, esquemáticamente, el propio Lynch. (Figura 8)
- b) Acudir al uso de “uno o dos elementos dominantes muy grandes, con los que pueden relacionarse muchas cosas más pequeñas”¹⁷. Ese o esos elementos pueden ser accidentes naturales como un río, un largo litoral o una montaña o hitos creados por el hombre, como una vía de comunicación terrestre, un gran lago artificial o un puerto. Y este es el esquema del propio autor sobre esta propuesta (Figura 9)

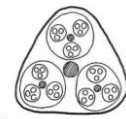


Fig. 8.-



Fig. 9.-

Pero, continua Lynch diciéndonos que “considerando nuestro modo actual de considerar una zona urbana, resulta más atrayente otra clase de organización, a saber, la de la secuencia o pauta temporal ... / ... La cualidad principal sería la continuidad en secuencia, en la que cada parte fluye de la siguiente, es decir, un sentido de interrelación en cualquier nivel o en cualquier dirección”.¹⁸

Esa ordenación secuencial es posible en Málaga y en su región metropolitana. Y así resulta ser por su definición territorial y por la constitución de la ciudad como el gran nódulo tecnológico, cultural e incluso hostelero de la ciudad, que le confiere, de modo natural, el carácter de gran ágora del conjunto metropolitano, compuesto por muy diferentes nódulos, con vida propia pero absolutamente interrelacionados entre sí. Ya no es sólo, como la llamó Salvador Rueda, una “ciudad de ciudades” que no contaba “con un liderazgo reconocido en la zona para impulsar el proceso metropolitano”¹⁹, sino que cada vez más es el gran ágora de la connurbación, de su propia región metropolitana.

Aalborg / Málaga, la sostenibilidad como forma de vida

Pronto harán veinte años de la Carta de Aalborg (27-5-94), en la que las ciudades europeas, reconociéndose entidad propia y singular (“Nosotras, ciudades europeas”...), deciden apostar por un tipo de vida adecuado a su tradición, entendida en el sentido que se manifiesta en este trabajo. Esa declaración de intenciones, análisis del estado de la cuestión y fijación de objetivos tenía un substrato común que, con el tiempo y la agudización de la crisis energética, así como con el cambio de mentalidad sobre cual deba ser la relación del hombre con la naturaleza, se ha revelado como plenamente acertada. La sostenibilidad, de ser una aspiración se ha convertido en una necesidad prioritaria y, al tiempo, en un proceso creativo en el que deben sentirse involucrados todos los ciudadanos y las propias ciudades en sí, consideradas como un todo orgánico.

Referido todo ello a la imagen de nuestra ciudad, debemos preguntarnos: ¿Ha cambiado esa imagen en estos últimos diez años? Y si lo ha hecho ¿en qué ha cambiado?

Han sido años muy duros, en los que más que a una crisis hemos asistido a un cambio de paradigma. En España, además, trufado por nuestra situación interna de crisis en lo económico (no sólo en lo financiero), en la organización territorial de la nación (como estamos viendo en estos días) y en la propia estructura social, pues las dificultades han sacudido a capas muy amplias y diversas de la población. Nuestra sociedad está en una parte significativa sumida en el umbral de la pobreza y hay diferentes clases de “nuevos pobres”. En Málaga el turismo y afines como la restauración, en términos generales se ha sostenido, pero se han visto gravemente afectados, hasta la práctica desaparición, la industria inmobiliaria y todo el tejido industrial con ella directa o indirectamente relacionado. Si en la Agenda 21 de 2005, recordemos, se contemplaba entre los objetivos el “Intervenir en el mercado inmobiliario con el fin de fomentar la oferta de viviendas a *precio razonable*”, podemos afirmar que esas y otras medidas similares devinieron en absolutamente innecesarias porque el crédito bancario se cerró completamente para el mercado de inmuebles y porque con motivo de las graves dificultades económicas tampoco ha habido compradores. Dándose la circunstancia de que el precio de la vivienda, que sigue en caída libre, cada vez se acerca más al objetivo de aquel precio razonable, pero no hay demanda.

Dos imágenes de la ciudad

¿Cómo se veía la Málaga de hace 10 años y como la veían los malagueños? Entiendo que, en este punto (y permítasenos usar una terminología un tanto caduca, pero expresiva) se hace necesario distinguir entre la “minoría ilustrada” y el resto de la población. Vayamos, por ejemplo, a los redactores, directa o indirectamente intervinientes, de la Agenda 21 2005. Para ellos la ciudad era un corcel que necesitaba ser embridado y, no dirigido pero sí conducido. Aalborg se constituía como un “horizonte de sentido” de realidades urbanas como Málaga. Podía darse, de hecho ya era así, una complicación del crecimiento por los problemas que estaba provocando la inserción en la región metropolitana, pero ese precisamente era el reto. No perder calidad de vida y atender a la nueva realidad metropolitana. A eso responden la fijación de los parámetros o indicadores de seguimiento y definición de objetivos. Para esa minoría ciudadana (y por más amplio que fuese el debate público a la sazón) la imagen de la ciudad era una cosa y para el resto de la población, a mi entender, era otra.

Y es que buena parte de los ciudadanos de Málaga, y quizá leer esto no sea del agrado de todos los lectores, no tiene un verdadero afecto a su ciudad, no sienten cariño por ella. Sí que gustan y profundamente, del modo de vida que la ciudad les proporciona, pero no sienten auténtico amor por la ciudad. Luego la imagen que desde esa parte de la población se pueda tener, difiere grandemente de la que tengan otros ciudadanos preocupados por la ciudad y “enamorados” de ella. Esta carencia, es uno de los déficit de la imagen de Málaga.

En unos versos de *La voz a ti debida*, el poeta Pablo Salinas decía: “... y las ansias / de querer, quererte, más”. Pues a muchos malagueños les falta ese ansia, que procede de un acto de volición, de un acto de voluntariedad y de afirmación. Un buen paseante de la ciudad, un observador que morosamente la contemplase a ella y a sus gentes lo apreciará a poco que aguce su mirada. Hay amabilidad en el trato personal, incluso alegría, rapidez y gracia para definir a la ciudad como “la mejor del mundo” (no lo pronunciaría así, naturalmente); pero esas suelen ser muletillas que se repiten, sin más fundamento ni intención. Una parte significativa de los ciudadanos malagueños no concibe a la ciudad, en términos generales, como ese lugar donde “vivirse”, aunque en ella viva. Sólo en momentos muy singulares eso cambia. Pensemos, por ejemplo, en la Semana Santa. Entonces la percepción de la ciudad se modifica y es contemplada como el escenario donde tienen lugar acontecimientos extraordinarios y así, por ejemplo, ocurre que personas que pasan por delante del patio de los naranjos, ante la Catedral, a diario, no sólo no la miran, sino que ni la ven; en cambio esa noche en que “su Cristo” hace estación de penitencia entre los árboles, se convierte en un observador piadoso y emocionado de las nobles piedras catedralicias y de la maravillosa escena que componen la imagen, la torre y la enorme puerta, todo ello bañado por un penetrante aroma de azahar. Lo más normal será que ese malagueño no vuelva a tener una percepción de hondura de ese o cualquier otro punto de la ciudad, hasta el año que viene. Esa falta de conciencia propia respecto de la ciudad, hace que la imagen de ésta se difumine y que su legibilidad se quede en un apagado eco de palabras, sin llegar a constituir un relato. Entiendo ha de hacerse un esfuerzo multidisciplinar para que los ciudadanos tomen mayor conciencia de la ciudad, de que les pertenece y de que su realidad (y, por tanto, su imagen) es construida por todos (aunque sean los poderes públicos quienes lo materialicen, al menos inicialmente).

Una forma de vida sostenible, una ciudad que así lo sea, presupone una profunda concienciación ciudadana; sólo desde ella se dará un uso responsable de los recursos naturales. Siempre funcionará mejor una sociedad de ciudadanos que, informados, asumen sus responsabilidades que una política de encarecimiento disuasorio de los servicios y recursos. Se hace urgente profundizar en la formación y la educación como base fundamental para el ejercicio de la sostenibilidad y establecer indicadores que sirvan para mantener o enmendar el rumbo. Y no se trata sólo de costosas campañas en los medios, es algo que ha de venir desde la raíz, desde la educación básica; aunque la formación no debe ser tan solo patrimonio de la infancia y la juventud.

Una educación para ver

Kevin Lynch, en el último apartado de su obra tan citada a lo largo de este artículo, nos dice: “Es muy cierto que necesitamos un medio que no sólo esté bien organizado sino que asimismo sea poético y simbólico. El medio debe hablar de los individuos y su compleja sociedad, de sus aspiraciones y su tradición histórica, del marco natural y de las funciones y los movimientos complejos del mundo urbano... / ... En el desarrollo de la imagen, la educación para ver tendrá tanta importancia como la remodelación de lo que se ve. A decir verdad, educación y remodelación constituyen un proceso circular o, mejor dicho si se lo considera con

optimismo, un proceso en espiral, pues la educación visual impulsa al individuo a actuar sobre su mundo visual y esta acción hace que vea con más agudeza aún” ²⁰.

Ruego al lector disculpe la larga cita de Lynch, pero su claridad expresiva y su rotundidad me ayudan extraordinariamente para esta exposición. Entre los indicadores definidos en su día para el análisis del cumplimiento de los objetivos de la Agenda 21 hecho en falta una incidencia mucho más amplia de “una educación para ver”. Se dice popularmente que se acaba queriendo lo que se conoce, lo que se comprende y los malagueños debemos estar mucho más educados en el respeto, el gusto y el amor por la ciudad. Esa actitud no debe, no puede quedar tan sólo en manos de una meritoria minoría que acabe definiendo cual es la imagen de la ciudad y como quiere que sea. Y lo paradójico es que esa parte pequeña, preocupada y culta de habitantes de la ciudad, no busca que sea así, sino todo lo contrario, pero así suele acabar siendo.

Es de justicia recordar que en la introducción de Pedro Marín Cots aparecida en la publicación de los “Indicadores de Sostenibilidad 2012” (Agenda 21), ya se expone que “vamos a comenzar la elaboración de una Agenda 21 Escolar, para complementar las experiencias de trabajo con más de 40 centros educativos que llevamos realizando desde hace 6 años” ²¹

Ese es el camino, pero mucho más profundizado y debiendo extenderse incluso hacia segmentos poblacionales que ya dejaron atrás la etapa escolar. Y es que hay que evitar la situación paradójica de enseñar a niños y jubilados e ignorar en esa tarea a la parte activa de la sociedad. Sabemos que, con cifras que alcanzan el 35% de paro hablar así pudiera parecer una utopía desafortunada, pero lo cierto es que en ciudades como Málaga ese aprendizaje ayuda a que muchos empleos puedan desarrollarse con un mayor nivel y dignidad y eso tiene una directa repercusión en el ejercicio de esos trabajos y en la creación de otros. Piénsese en la escasísima formación, e incluso información, que sobre la ciudad tienen los taxistas, conductores de coches de caballos y de otros medios de transporte usados con frecuencia por los visitantes. Y sobre todo eso está el derecho a conocer, a saber; la consideración de la cultura como, lo que en el actual derecho político se ha dado en llamar “derecho fundamental de tercera generación”.

La Agenda 21 y la imagen de la ciudad, algunas propuestas

Aunque los diez últimos años hayan sido tiempos de austeridad, que duda cabe de que la imagen de la ciudad ha tenido una gran transformación y, con ella, las formas de vida que en ella se desarrollan. Veamos algunos extremos concretos:

*La continuidad en la recuperación del Centro Histórico ha ido dotando de sentido de tradición al conjunto de la ciudad formalmente y a los propios ciudadanos. Málaga es hoy una ciudad mucho más bella que hace diez años y cuya lectura formal se corresponde mejor con su pasado histórico.

*En cuanto a las zonas degradadas hemos de constatar, una vez más, que su persistencia en muchos puntos constituye uno de los déficits de la ciudad. Y ello, tanto en barrios como en el propio centro donde los solares no construidos son auténticas manchas que emborronan el cuadro de la ciudad. Quizá en este punto deban recordarse algunas de las propuestas ciudadanas que al respecto se hicieron con motivo de la candidatura de Málaga a “Ciudad Europea de la Cultura 2016”, en orden a la utilización temporal de esos solares para actividades culturales al aire libre (cine, teatro, “performances”, etc.) e incluso como huertos para los residentes del entorno. No todo se puede convertir en un Soho, pero ese es un magnífico ejemplo de cómo transformar una zona que iba degradándose a velocidad creciente. Hoy se ha

convertido en un entorno agradable y tranquilo (en el mismo centro de la ciudad, no lo olvidemos).

*Se ha ido consolidando la ciudad como ágora de su región metropolitana y, al tiempo, la policentralidad de ésta se constituye como elemento informante de la misma. En la propia ciudad se han ido creando nuevos centros consecuencia de nuevos mojones y nodos (por utilizar la terminología de Lynch). Permítame el lector un ejemplo en primera persona. La fuente de la Plaza de Sandro Boticelli, creación del arquitecto Ángel Asenjo y de quien esto



Fig. 10.- Plaza de Sandro Boticelli.

escribe, se ha constituido como el nuevo centro de Teatinos y ha sido un elemento urbano totalmente aprehendido, hecho suyo, por los ciudadanos. Con toda la injusticia que ello pueda comportar para el maestro italiano que le dio nombre, la plaza es mucho más conocida por el apelativo de la de la “fuente de colores” que por su verdadero nombre. Los taxistas la usan como referencia en sus trayectos por la zona y los vecinos la han interiorizado hasta el punto de que hay

comercios con ese nombre, los bancos y farolas están también pintados con vivo colorido e incluso la Asociación de vecinos de la zona se llama “de la fuente de colores”. Este es un ejemplo de cómo un mojón urbano, un hito (que, a su vez, es también nodo pues distribuye y ordena buena parte del tráfico en la zona) alcanza un carácter mucho más complejo y se constituye en importante elemento del paisaje e imagen de la ciudad y del imaginario colectivo (Figura 10).

*Málaga como ciudad del conocimiento ha conseguido una visualización muy significativa y en ello tienen mucho que ver la creación de “Málaga Valley” y la ubicación de empresas del sector en el Parque Tecnológico. Como en algunas otras cosas (la ciudad y la oferta cultural), todo ello es mucho más considerado desde otras ciudades y por los visitantes, que por los propios malagueños. Los medios de comunicación han tenido una importante labor en este punto. No ha sido precisamente un éxito, en cambio, el de la construcción de las llamadas “tecnocasas” y debería insistirse en ello porque supone un hecho diferencial que se compadece grandemente con la imagen inmaterial de la ciudad (conocimiento).

*En lo referente al Urbanismo como herramienta de intervención, la paralización en el sector inmobiliario ha traído consigo que todo se haya detenido.

*En cuanto a la consideración de Málaga como ciudad cultural es quizá donde más se haya avanzado. Así se nos ve desde fuera y así estamos empezando a vernos nosotros mismos. La oferta museística es amplia y aunque algunos casos no hayan estado a la altura de las expectativas (sin ambages hay que hablar aquí del Museo Carmen Thyssen en lo relativo al escaso empuje de su oferta museística, que no a la restauración del propio palacio y su entorno), lo cierto es que se va elaborando un discurso cultural de la ciudad y de lo que ésta ofrece. Sí se echa en falta una mayor profundización en la contextualización de lo que los museos muestran y organizan, porque esa es una de las labores principales de los espacios públicos. Un museo o centro de arte no es una mera galería expositiva. En cuanto a actividades complementarias a desarrollar hay buenos programas, pero no así podríamos decirlos de las

propias exposiciones, que no deben quedarse en la mera muestra de las obras. Un ejemplo nos aclarará esto. La exposición “El factor grotesco”, celebrada en el Museo Picasso, con una muestra de obras que atravesando siglos, técnicas y formatos muy diferentes, tejían un discurso en el que el hilo conductor era lo grotesco en el arte, hace más para la formación ciudadana que muchas conferencias y muchas ediciones de libros. La muy viva programación de la Fundación Casa Natal de Picasso y su afán continuo por incardinar la figura del maestro en su antes y después, su vocación didáctica y su capacidad para hacer viajar el patrimonio con que cuenta, desplazándolo ya a Corea del Sur, ya a Chile o Estambul suponen para la imagen de la ciudad mucho más que costosas campañas de publicidad. Se hacen actos que se convierten en noticia. Y el CAC Málaga está ofreciendo no ya a la ciudad, sino a España entera, los trabajos de los artistas de actualidad internacionales y se ha convertido en centro de referencia expositivo. Y por último, el acuerdo con el Centro Pompidou va a completar la red de museos de la ciudad con un nivel extraordinario. Pensemos en que, una vez se abra al público (aunque sea parcialmente) el Museo de Málaga, con sus magníficas colecciones del siglo XIX, vamos a ofrecer un panorama muy completo de los siglos XIX, XX y XXI y todo ello articulado a través del eje vertebral de Picasso. Esa propuesta de Málaga debe ser uno de los soportes más importantes de la imagen de la ciudad.

Pero aún así los malagueños visitamos poco los museos, nuestros propios museos. Esos por los que, paradójicamente, la ciudadanía se “tiró a la calle” para reclamarlos. Así somos, pedimos que se hagan y, luego, no los usamos. Sería muy interesante establecer unos indicadores de las visitas a los distintos museos y centros culturales por nacionalidades. Que sepa, este control sólo lo tiene hoy la Fundación Casa Natal.

La sostenibilidad no sólo ha de ir referida a los recursos naturales sino que, como decía Lynch, el medio ha de ser también “poético y simbólico”; es decir, que hay que atender a la mirada que el arte proporciona, que la cultura nos da. Y es que en ciudades como Málaga (ya se decía en el II Plan Estratégico de la ciudad) las infraestructuras culturales han de ser contempladas como instrumentos que constituyen una variable económica de primera magnitud. Por ello toda la cuestión se constituye en una potente franja transversal que atraviesa diferentes áreas municipales.

*Otra cuestión que afecta hondamente a la imagen de la ciudad es la relativa a la movilidad. Una ciudad de tráfico caótico (piénsese en El Cairo o, más cercano geográficamente, en Nápoles) es una ciudad difícil de ver y el pasear por ella se torna en una peligrosa aventura. En ese punto se ha conseguido un grado muy alto de eficacia. El caminante puede marchar con facilidad por distintos itinerarios; el servicio urbano de transporte funciona muy bien y, quizá por una lenta concienciación ciudadana, amén de por la difícil situación económica, pero lo cierto es que el uso del vehículo privado ha decaído. La realización del carril bici ha supuesto un cambio grande en el panorama de la movilidad en la ciudad pero, al tiempo, ha hecho surgir una nueva categoría de vecinos, “los ciclistas”, para muchos de los cuales las normas de circulación son bastante ajenas y así un ciclista circula, sin solución de continuidad, por su carril propio, por la parte destinada al resto del tráfico rodado o por la acera. El suelo de la ciudad toda se ha convertido en su pista de rodadura. Este extremo debería ser mucho más vigilado y es un fenómeno que ya se ha dado en otras ciudades, como es el caso de Barcelona, que ha terminado por aprobar una ordenanza específica a fin de evitar esa continua y peligrosa práctica.

*Entiendo que sería muy útil establecer una serie de “sendas”, claramente definidas y legibles para recorrer la ciudad. No es infrecuente ver a los visitantes completamente extraviados por la ciudad y si ello no deja de ser una imagen usual en ciudades que reciben, lo cierto es que quizá podrían proponerse recorridos por “la Málaga liberal”, “la vida de Picasso en Málaga” o “la ciudad nazarí” (a través de los antiguos “bordes” definidos por los restos de

muralla). Esas propuestas ya están, con mayor o menor concreción en algunas guías de la ciudad, pero tienen más bien un carácter académico o de consumo interno.

*No podemos olvidar en este breve repaso a las propuestas de la Agenda 21 la relativa a las zonas verdes. Ellas determinan de forma muy potente una imagen de la ciudad, incluso pueden dulcificar desajustes formales de la misma recuperando zonas degradadas a través de la alternancia con zonas verdes. Ha de traerse aquí a colación las palabras de Marín Cots en la Introducción a la publicación sobre los “Indicadores de sostenibilidad 2012”, al decirnos: “Las zonas verdes siguen aumentando y se sitúan en 6,85 metros cuadrados por habitante, cuando en un no muy lejano 1995 eran solo de 1,3 m². El nivel de Málaga es similar a ciudades compactas como Valencia o Barcelona, y es necesario señalar que aún siendo las zonas verdes de periferia importantes por su efecto de pulmón de la ciudad, y los Montes de Málaga es un buen ejemplo, a nivel urbano es importante la consideración de una zona verde de proximidad peatonal, un parque o un jardín de cercanía. De ahí que en las últimas legislaciones o publicaciones sobre la materia se excluya señalar un número determinado de metros de zonas verdes. Son muy importantes, pero más todavía su ubicación de proximidad a la población”. ²²

Pues bien, desde la reflexión que acabamos de transcribir aquel aumento de las zonas verdes en casi seis veces en menos de veinte años no es percibido por la ciudadanía, ni por el “usuario” de la ciudad cualquier que sea (visitante, turista o residente temporal). Hay muchas zonas de Málaga en que las zonas verdes no forman parte del paisaje. El esfuerzo ha de hacerse, en términos de incidencia en la imagen de la ciudad, de variada forma y, efectivamente, no se trata sólo de que las zonas verdes existan, que también, sino de que su existencia, incluso visualmente, repercuta en la vida cotidiana de la ciudad y, por ende, en su imagen.

Brevísima conclusión

Con la perspectiva que da una década, puede afirmarse que la Agenda 21 ha supuesto un potente instrumento de análisis y de determinación de propuestas y objetivos ciudadanos. El rumbo era ese y la terrible realidad de la crisis económica y de valores que hemos sufrido, que trajo consigo una parada en seco de tantas cosas, también nos ha servido para que lo urgente del día a día no desplazara a lo importante de pensar la ciudad, sin tanta prisa como, a veces, lo cotidiano nos impone. Entiendo que en los objetivos que entonces se fijaron para Málaga quizás hubiese un acento demasiado fuerte en la consecución de objetivos materiales, con olvido de los inmateriales (el propio Lynch, ya lo hemos citado, nos habla de que el medio debe ser también “poético y simbólico”) y la misma Unesco nos indica que nuestra mirada hacia el Patrimonio Cultural no debe agotarse en la mirada arqueológica (que, por otra parte, nunca nos podrá dar una imagen fiel de lo que fue, sino sus restos fragmentados), para incidir en que debemos analizar nuestra historia, aquella que nos constituye, desde el estudio y aprehensión de “las formas de vida”. Así también ha de ocurrir con la construcción de nuestro futuro. Entiendo que los nuevos indicadores han de enriquecerse con esta mirada, aquella que se desprende de considerar la sostenibilidad como una forma de vida.

Índice de notas

- 1.- DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, decimonovena edición, Madrid 1970.
- 2.- Agenda 21,hacia la ciudad sostenible, MÁLAGA 05, “El territorio y la configuración de la ciudad” pag. 88.
- 3.- Kevin Lynch, “La imagen de la ciudad”, pag. 61. Editorial Gustavo Gili, Barcelona 2013; 1ª edición, 11ª tirada.
- 4.-Alfonso Canales, poema “Ciudad madre”, incluido en el libro “Ocasiones y réplicas”, Colección Puerta del Mar, num. XIX, Área de Cultura de la Diputación Provincial de Málaga. Málaga 1986, pag. 39. Citado por José Manuel Cabra de Luna en “Reflexiones sobre la poesía de Alfonso Canales” en la antología de dicho autor “Algunos poemas 1951 / 2001” editada en la colección “Las cuatro estaciones” por la Fundación Málaga, Málaga 2007. *
- 5.- Hans-Georg Gadamer, “Verdad y Método I”, Sígueme, Salamanca, 1988. Citado por Jean Grondin en su “Introducción a Gadamer”, Herder, Madrid 2003, pag.64.
- 6.- Jorge Luís Borges, poema “Buenos Aires” (2), perteneciente al libro “El otro, el mismo” e incluido en “Obra poética 1923 / 1976”, Alianza Tres / Emecé Editores, Buenos Aires, Madrid,1979; pag. 279.*
- 7.- Ibid. Pag. 278, “Buenos Aires” (1). *
- 8.- Walter Benjamin, “París, capitale du XIX siècle. Le livre des pasages”, París, Éditions du Cerf, 1989, pag. 345. Citado por Bruno Tackels en “Walter Benjamin”, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2012, pag. 415.
- 9.- Kevin Lynch, op. cit. Pag. 10.
- 10.- Giuseppe Zarone, “Metafísica de la Ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano”, colección Hestia-Dike, Editorial Pre-Textos / Universidad de Murcia, Valencia 1993; pag. 42.
- 11.- Luciano Canfora, contestación en una entrevista periodística con motivo de la edición española de su obra “El mundo de Atenas”, Anagrama, Colección Argumentos, Barcelona, 2013.
- 12.- Salvador Rueda Palenzuela, “Hacia un modelo de ciudad más sostenible”, en “Agenda 21,Málaga 2005,hacia la ciudad sostenible”, Ayuntamiento de Málaga / OMAU, Málaga 2006, pág.23.
- 13.- Ibid. Pag. 23.
- 14.- Pedro Marín Cots, “Edificando jardines” (Ciudad compacta) en “Málaga, ciudad infinita. La cultura como traducción”, propuestas para la candidatura de Málaga, candidata a capital europea de la cultura 2016. Publicación de la Fundación Málaga Ciudad Cultural, Málaga 2010. Pag. 174.
- 15.- Declaraciones del artista Peter Halley a la revista de arte LÁPIZ en 1992, con motivo de su exposición en el Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, celebrada entre los meses de junio y

agosto de dicho año.

16.- Agenda 21, hacia la ciudad sostenible, MÁLAGA 2005, “El territorio y la configuración de la ciudad”, pag. 50. Málaga 2006.

17.- Kevin Lynch, op. cit. pág. 137.

18.- Kevin Lynch, op. cit. págs. 138, 139 y 141.

19.- Agenda 21, hacia la ciudad sostenible, MÁLAGA 2005; “El territorio y la configuración de la ciudad”, págs. 70 y 71.

20.- Kevin Lynch, op. cit, págs. 146 y 147.

21.- Pedro Marín Cots, “introducción” en Agenda 21 Málaga. Indicadores de sostenibilidad 2012. Publicación del Ayuntamiento de Málaga / OMAU.

22.- Pedro Marín Cots, ibid. Pág. 9.